

George A. Miller

Introducción a la psicología



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Psychology. The Science of Mental Life*
Traducción de Carlos Martín Ramírez

Primera edición: 1968
Tercera edición: 2016
Tercera reimpresión: 2024

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Harper & Row Publishers, Inc., New York
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1968, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-424-6
Depósito legal: M. 11.505-2016
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Prefacio
13	1. La psicología, la ciencia y el hombre
28	2. Wilhelm Wundt, psicólogo
51	3. Niveles de conciencia
71	4. La función selectiva de la conciencia
103	5. William James, filósofo
131	6. Patrones de medida subjetivos
158	7. El análisis de las percepciones
183	8. El espacio
206	9. Francis Galton, antropólogo
233	10. El reconocimiento y la identificación
252	11. La memoria
272	12. Iván Petróvich Pávlov, fisiólogo
301	13. En busca de los átomos de la conducta
330	14. El comportamiento animal
354	15. Sigmund Freud, psicoanalista
382	16. Aguijones y guías
409	17. La tiranía del futuro
432	18. Alfred Binet, psicólogo
450	19. La mente de los niños
480	20. ¿Método clínico o método estadístico?

500 21. Comunicación y persuasión

523 22. Conclusión

527 Notas

542 Glosario

Prefacio

En el presente libro trato de explicar qué es la ciencia de la psicología y cómo ha llegado a constituirse en su forma actual. Dada la magnitud del campo de la psicología y dado que de año en año su amplitud se va haciendo mayor, es evidente que no podía dar a mi explicación la forma de un catálogo exhaustivo. Así, pues, he tenido que obrar de modo selectivo, tanto en relación con el estado actual de la psicología como respecto a su desarrollo histórico. He intentado que los aspectos elegidos estuviesen lo más ampliamente distribuidos, a fin de que representaran las diferentes zonas de nuestra ciencia. La selección –alguien podría llamarle parcialidad– es inevitable en un modesto volumen como el presente. Lo digo expresamente con el fin de que todo el mundo pueda comprender con claridad que la moderna psicología abarca muchas más cosas de aquellas a las que he podido referirme, que he podido valorar, o a las que he podido siquiera hacer mención en las páginas que siguen.

Son muchas las personas que han contribuido a hacer posible este libro. La forma más sencilla en que puedo mostrar mi reconocimiento a aquellos con quienes intelectualmente estoy en deuda en esta empresa es contar la historia de su origen.

El libro –o un libro de este estilo– fue idea de James R. Newman. En un principio –esto fue en 1958– quería algo predominantemente histórico y deseaba que lo escribiera el profesor Edwin G. Boring. Pero como le resultaba imposible aceptar la propuesta, Boring sugirió que podía encargarme yo de hacerlo. El asunto me interesaba de veras. Estaba yo por entonces preparando un curso de lecciones de psicología a nivel introductorio, e imaginé que el encargo de escribir una obra semejante encajaría perfectamente en mi programa. Pero dudaba de mis facultades como historiador. Tuve varias conversaciones con Boring antes de decidir la forma de abordar ese aspecto del libro. El sistema que finalmente adopté –como se verá claramente examinando el índice de la obra– consistió en disponer los diversos temas más o menos en el orden histórico en que los han desarrollado los psicólogos e insertar una docena de ensayos biográficos en puntos adecuados de este estudio introductorio, atendiendo así simultáneamente al propósito de Newman y al mío propio. Sabía que los admirables trabajos de Boring sobre la historia de la psicología me proporcionarían un buen punto de partida; y cuando éste accedió a examinar críticamente el resultado final, decidí poner manos a la obra. Tres años más tarde había dado cumbre al libro, y Boring cumplió entonces su promesa. Estudió el manuscrito con toda la sabiduría y el entusiasmo que han caracterizado siempre su labor revisora. Y fue una suerte que lo hiciera. Con ello ha conseguido librar al lector de al-

gunas de mis interpretaciones históricas más cuestionables, e incluso de algunos errores. Así, pues, además de los esfuerzos de Newman y de los míos, este volumen ha contado con la amplia erudición de Boring. Constituye un gran placer para mí reconocer mi deuda para con él y expresarle mi afecto dedicándole mi libro. No hace falta decir que soy el único responsable de todos los errores que nos hayan podido pasar inadvertidos y que la dedicatoria no priva en modo alguno a Boring del derecho a enjuiciar según su propio criterio cuanto aquí se ha escrito.

Cuando acepté el cometido, no tenía la intención de pasarme tres años trabajando en el libro. En 1958-1959 dejé la Universidad de Harvard con el fin de pasar un año en el Center for Advanced Study in the Behavioral Sciences, de Stanford, California. Pretendía gozar allí del clima, escribir el libro, cambiar impresiones con otros especialistas en las ciencias del comportamiento y leer todo lo que cayera en mis manos. Comencé a escribir con buen ánimo, pero antes de que transcurriese el año me atrajeron otras empresas, en las que colaboré con Eugene Galanter y Karl Pribram. Aun cuando las conversaciones que sostuve con ellos acabaron por influir en muchos de los capítulos del libro, de momento nuestro trabajo conjunto supuso una irresistible distracción que me apartó del proyecto de Mr. Newman.

En el otoño de 1959 regresé, pues, a Harvard con un manuscrito a medio escribir y sin tiempo para terminarlo. Entonces acudió en mi ayuda el profesor Jerome S. Bruner, que accedió a colaborar conmigo en el curso introductorio que yo deseaba preparar. Juntos desarrollamos una serie de lecciones que se han convertido ahora en un curso de cultura general de Harvard y que lleva por título «Las concepciones psicológicas del hombre». Bruner propuso muchas

importantes mejoras a mi plan original; y el curso, tal como se da en la actualidad, es diferente, tanto en alcance como en concepción, del presente volumen. No obstante, muchos de los pasajes que aquí se publican resultarán familiares a los estudiantes que hayan escuchado atentamente algunas de mis lecciones. Creo que, como consecuencia directa de esa exposición preliminar, el lenguaje en que está escrito el libro es más claro. No hay nada tan útil como el ceño perplejo de un estudiante para indicar que los argumentos expuestos han patinado.

Por último, en el Harvard Center for Cognitive Studies hallé, en el verano de 1961, el tiempo necesario para dar fin a un cometido que llevaba ya arrastrando demasiado tiempo. Por la paciencia de que han dado muestra durante los largos meses de dilación y por el apoyo que de ellos he recibido, el editor y el director de la colección se han hecho por igual merecedores de mi profundo aprecio.

Esta breve historia indica algunas de las principales deudas contraídas en la empresa: James R. Newman, E. G. Boring, Eugene Galanter, Karl Pribram, J. S. Bruner y varios cientos de estudiantes de Harvard y Radcliffe se han hecho acreedores de mi mayor gratitud. Quisiera asimismo expresar mi especial agradecimiento al doctor Richard Herrnstein y al profesor Paul F. Lazarsfeld por las muchas y útiles conversaciones que hemos mantenido sobre la historia de la psicología. Para terminar, en éste como en todos los libros que llevo escritos, mi esposa Katherine me ha prestado una indispensable colaboración, mecanografiando, corrigiendo, escuchando y comprendiendo.

1. La psicología, la ciencia y el hombre

Hace varios años, un profesor que enseña psicología en una importante universidad se vio en la precisión de pedir a su ayudante de cátedra, hombre joven de gran inteligencia, pero poco experimentado, que se hiciera cargo por una breve temporada del curso introductorio de psicología. El ayudante quiso aprovechar la oportunidad y se propuso desarrollar una ambiciosa serie de lecciones. Pero cometió un error: decidió comenzar con una breve definición de la asignatura, y cuando, dos semanas más tarde, el catedrático se reincorporó a la clase encontró a su concienzudo ayudante pugnando aún por definir la psicología.

Otro enfoque posible consiste en partir desde el principio del supuesto de que todo el mundo sabe, más o menos, de qué trata la psicología. «La psicología –dice William James en la primera frase de su ya clásica obra– es la ciencia de la vida mental.» Aun cuando ha dejado de significar lo que significaba cuando James escribió, en 1890, *The Princi-*

*ples of Psychology**; esta definición nos resulta bastante familiar y –lo que hay que agradecer– es breve. Para dar comienzo a nuestro estudio sobre la psicología, podemos hacer uso de ella sin necesidad de dilatados preámbulos.

La psicología es la ciencia de la vida mental. Las palabras clave son aquí *ciencia* y *mental*.

Nuestro concepto de lo que debe ser una ciencia de la vida mental ha cambiado en grado considerable desde la época de James. En 1890 la vida mental parecía ser algo bien definido. Nadie dudaba de la existencia de algo llamado mente que sólo esperaba a que los científicos lo convirtieran en objeto de su estudio. Pero en la actualidad, tras setenta años de esforzarnos por estudiar la mente con métodos científicos, estamos menos seguros de tal hipótesis. Ha dejado de ser patente qué es lo que quiere decir un psicólogo cuando afirma que está estudiando la vida mental. La mente, en sentido moderno, parece ocultarse a nuestra vista, como un iceberg mental que flota con sus nueve décimas partes ocultas en un mar incierto e inconsciente; hasta su propio dueño no puede hacer apenas otra cosa que tratar de adivinar qué dirección va a tomar al instante siguiente.

En la época en la que escribió James su obra, la psicología científica era aún muy joven, y la vida mental que los psicólogos habían podido estudiar se limitaba en gran parte a la vida mental *consciente* de seres *humanos* en los que concurrían las circunstancias de ser *europeos occidentales, adultos, cultos y mentalmente sanos*. Hoy en día todas las restricciones que estos adjetivos implican han quedado obviadas.

* *Principios de psicología*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989 (1994).

Conforme se ha ido desarrollando la ciencia de la vida mental, su base se ha ido ampliando hasta llegar a incluir a los niños, a los animales, a los pueblos que desconocen la escritura y a los retrasados y enfermos mentales. Y no es evidente que todos estos recién llegados compartan realmente algo a lo que podamos llamar vida mental en el sentido en que este concepto se entendía en el siglo XIX.

En la época de James, su pretensión de que la psicología era una ciencia significaba poco más que una expresión de esperanza y entusiasmo. En 1890 la psicología científica era sólo un hecho futuro posible. Un puñado de hombres había empezado a preguntarse qué podían hacer para que esta rama de la filosofía se hiciera, metodológica y conceptualmente, más empírica. Se fundaron algunos pequeños laboratorios, se adoptaron algunos métodos de medición y se hicieron públicos algunos resultados preliminares. Hilvanada con la fisiología, la filosofía y mucho sentido común, el resultado, en la deliciosa prosa jamesiana, era atractivo y aparecía lleno de promesas; pero a la psicología le seguía faltando aún bastante para ser una verdadera ciencia de la mente.

Sin embargo, como todos sabemos, los métodos científicos han logrado desde entonces buenos éxitos. Desde que James escribió sus *Principles* se ha producido un notable aumento, tanto en la cantidad como en la calidad de la investigación científica de los problemas psicológicos. Hoy, cuando decimos que la psicología es una ciencia, apoyamos esta afirmación con varias realizaciones impresionantes. Realmente, el rápido desarrollo de esta joven ciencia ha trastocado de múltiples maneras el esquema de nuestra vida cotidiana.

Los logros científicos suelen afectarnos, por lo menos, a dos niveles. Por una parte, el conocimiento científico pro-

porciona un fundamento para los adelantos tecnológicos, para la solución de los problemas prácticos que surgen en la vida cotidiana de la gente normal. En este aspecto la ciencia es algo que explotamos, al igual que explotariamos un recurso natural. Mucha gente cree que es ésta la única función de la ciencia; encuentra confusas las distinciones entre científicos e ingenieros, entre la ciencia y la tecnología. Pero la ciencia es, en su esencia, algo más que un arte útil. Entre sus fines figura, tanto como el de controlar, el de comprender. Así, pues, la ciencia nos afecta a un nivel más profundo, alterando la forma en que comprendemos el mundo en que vivimos. Los progresos científicos moldean nuestra visión de la realidad y nuestro conjunto de supuestos fundamentales –a menudo implícitos– acerca de la forma en que *realmente* marcha el mundo y acerca de lo que la gente *realmente* es. Aunque estos efectos de la ciencia sean menos tangibles que los efectos tecnológicos, es arriesgado suponer que sean menos importantes.

Como todas las ciencias, la psicología ha influido en nuestras vidas en ambos niveles. Nos ha proporcionado habilidades técnicas y ha cambiado nuestra concepción de la naturaleza humana.

Cuando nuevos campos de la actividad científica comienzan a tomar forma, lo hacen casi necesariamente utilizando elementos e ideas que forman parte de la común experiencia de todos los hombres. Durante este primer período de crecimiento, la ciencia en cuestión resulta ampliamente inteligible; sus descubrimientos los pueden entender, discutir, apoyar, negar o ridiculizar millones de personas. Ciertamente, en una etapa posterior esta ciencia podrá hacerse más precisa, alcanzar una comprensión más profunda o remontarse a mayores alturas de virtuosismo intelectual; pero

ya nunca más tendrá el mismo impacto sobre la visión que el hombre medio posee de sí mismo y del mundo que le rodea. En este posterior estadio, quizá se la defienda por los milagros técnicos que misteriosamente aporte; pero, excepto para un puñado de especialistas, habrá dejado de ser una realidad viva. Conforme tienda a aumentar su impacto tecnológico sobre la sociedad, su influencia sobre el entendimiento común se irá diluyendo.

La psicología está actualmente atravesando su etapa inicial. Todavía resulta inteligible para la mayoría de la gente. No es raro oír decir a un lego: «Yo también soy un poco psicólogo y pienso que...». Y realmente lo que esa persona piensa es muchas veces sutil e interesante, y no le avergonzaría repetirlo ante un psicólogo profesional. Para mantenernos vivos en medio de nuestros semejantes, todos tenemos que ser psicólogos. Desde luego que la supervivencia nos exige también ser matemáticos, físicos, químicos y biólogos. Pero la distancia que separa en estas ramas del saber al aficionado del especialista se ha hecho demasiado grande; ningún lego pretendería pertenecer a estas cofradías sin un dilatado ritual de iniciación, que se lleva a cabo en alguna universidad acreditada. No siempre fue así. Hubo un tiempo en que todo el mundo era físico, en que Shakespeare interrumpía una obra de teatro para discutir la teoría heliocéntrica del universo, de la misma manera en que un dramaturgo actual puede hoy en día divagar para exponer una nueva teoría psicológica o para combatirla. Es en este estadio inicial de su desarrollo cuando una ciencia resulta más visible, más controvertible y más capaz de cambiar nuestra visión de la realidad.

Sin embargo, a pesar de su juventud, los modestos conocimientos que la psicología penosamente ha adquirido han

venido a satisfacer mil diversas necesidades humanas. En algunos campos la demanda ha superado hasta tal punto a la oferta que muchos psicólogos temen que su ciencia se haya vendido demasiado a un público en exceso ávido. No obstante, aun cuando tratemos de ser conservadores en nuestra apreciación, no cabe duda de que la nueva psicotecnología ha cambiado ya nuestro modo de vida.

Piénsese en las escuelas públicas norteamericanas. Todo el mundo ha sentido en los Estados Unidos la influencia de la moderna psicología a través de sus efectos en nuestro sistema educativo. De hecho, hubo un momento en que nuestras escuelas parecían ser poco más que un inmenso laboratorio destinado a probar las teorías psicológicas de John Dewey. El maestro moderno ha intentado utilizar la psicología; así, ha hojeado más de un libro de texto buscando desesperadamente los principios psicológicos en los que debería basarse una buena pedagogía. Con frecuencia la respuesta que busca no aparece por ningún sitio, y sus responsabilidades como educador para con sus discípulos le obligan a ir mucho más allá de los hechos establecidos por la psicología científica. En cualquier caso, tiene la esperanza de que sus conjeturas serán más inteligentes si trata de utilizar la psicología. Los psicólogos han intentado encontrar respuestas a este género de preguntas. Así, han explorado detenidamente una serie de condiciones que afectan a la rapidez con que el niño es capaz de aprender; han tratado afanosamente de establecer las etapas del desarrollo mental y social; han creado nuevas y mejores técnicas para la medición del progreso del niño y de la efectividad de la enseñanza; han proporcionado servicios de asesoramiento y orientación fuera de la clase, y han dotado a los maestros de esa herramienta indispensable que es la prueba (test) de

inteligencia. Sin embargo, todo esto resulta insuficiente, pues las necesidades del maestro son grandes y de una importancia vital.

La mención de las pruebas de inteligencia es un recordatorio de otro sector de la psicotecnología, el de las pruebas mentales, que constituye una industria de regular tamaño. Se ha estimado que en 1960 se sometió a los escolares estadounidenses a 130 millones de pruebas psicológicas, o sea, aproximadamente tres pruebas por escolar desde el primer grado hasta la universidad.

Las pruebas mentales forman parte, como el aeroplano, de la herencia que recibimos de la Primera Guerra Mundial. Hasta entonces las pruebas se habían aplicado de manera individual a los escolares y lo único que comprobaban era la inteligencia. Pero durante la guerra los psicólogos del ejército de los Estados Unidos desarrollaron una prueba –la famosa Prueba Alfa del Ejército– para medir la inteligencia de los adultos, basada en ejercicios de papel y lápiz, que podía aplicarse a miles de reclutas. De esta manera penetraron firmemente en la conciencia pública las pruebas a gran escala. Después de la guerra, los analistas y creadores de pruebas empezaron a ramificarse. Comenzaron a probar las aptitudes, a clasificar los intereses, a evaluar los rendimientos. En la actualidad son capaces de clasificar la personalidad de un individuo, comprobar su estabilidad emotiva, su masculinidad, su imaginación, sus condiciones para dirigir a otros, sus posibilidades de felicidad conyugal, su adecuación al estereotipo establecido por una empresa para un empleo determinado o su capacidad para manejar un torno de revólver. Cualquiera que sea la actividad que se proyecte desarrollar, parece existir una prueba psicológica a la que uno deberá someterse previamente. Los ciudadanos que la-

mentan la pérdida de tantas horas contestando preguntas insustanciales son, al parecer, una minoría, ya que los periódicos y revistas emprendedores han averiguado que pueden aumentar su venta de ejemplares publicando diaria o semanalmente cuestionarios para que sus lectores los contesten. En la inundación de pruebas que se ha extendido por todo el país se han producido muchos fraudes: pruebas inadecuadamente concebidas, confusamente redactadas, carentes de toda normalización y cuya validez nunca ha sido comprobada. Aunque los psicólogos han mantenido niveles profesionales aceptables, no siempre resulta fácil refrenar a los aficionados. Es como si todo el que se comprara un cuchillo se convirtiera en cirujano. Sin embargo, pese a todos estos problemas, el movimiento de las pruebas mentales en los Estados Unidos ha conseguido prestar un servicio necesario, tanto para el individuo como para la comunidad.

Una vez que el ejército comprendió lo útiles que podían ser los psicólogos para la clasificación de los hombres, comenzó a descubrir otros problemas de naturaleza semejante. El psicólogo se convirtió pronto en miembro habitual de los equipos de instructores militares. Durante la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, se empezó a fabricar una gran cantidad de material militar altamente técnico que no había existido antes. En las etapas iniciales de su puesta en servicio parecía a menudo que nadie que no tuviera las dotes de Superman sería capaz de manejar este material. La tarea de adaptar el material al hombre fue acometida por psicólogos que pudieran aportar sus conocimientos de lo que el ojo humano era capaz de ver o lo que el oído humano era capaz de oír, de qué alcance y rapidez podía tener el movimiento de la mano de un hombre y de en qué medida

era capaz la mente humana de superar las interferencias y las distracciones. Los psicólogos pueden ayudar a establecer sistemas de entrenamiento y simulación, a proyectar programas de instrucción y a seleccionar a los hombres que tengan probabilidades de desarrollar con éxito cada tipo específico de empleo. Además de los problemas planteados por la relación hombre-máquina, a los servicios militares se les presenta una amplia gama de problemas psicológicos en el sector conocido por salud mental, en el que los psicólogos trabajan conjuntamente con los psiquiatras para mantener la moral y para curar a los individuos mentalmente dañados. Un servicio del ejército es en sí mismo una pequeña sociedad; cualquier aplicación de la psicología a la sociedad en general encuentra su paralelo en este mundo más limitado de los guerreros.

Un sector grande y activo de la psicotecnología lleva el nombre de psicología industrial. Muchos de los intereses de la industria son semejantes a los del ejército: cómo seleccionar hombres que desempeñen con éxito diferentes tipos de empleo; cómo adiestrar a los obreros para que hagan mejor su trabajo. Los psicólogos industriales se han ocupado del problema de la fatiga. ¿Cómo deberán alternarse los intervalos de descanso y trabajo para conseguir la mayor producción con la mínima fatiga para el obrero? El descubrimiento de que a menudo el empresario sacaba menos provecho del trabajador que hacía una jornada de diez horas que del que trabajaba ocho contribuyó a cambiar la actitud de la dirección de las empresas hacia muchas de las exigencias de la clase obrera. Los problemas de la fatiga condujeron rápidamente a problemas de la moral de trabajo; los psicólogos industriales se ocuparon, en consecuencia, mucho de este importante factor. La moral de trabajo

condujo, a su vez, a problemas de adaptación emotiva; y los psicólogos clínicos y los psiquiatras encontraron su sitio en la escena industrial, con la consiguiente reducción –se afirma– de los casos de enfermedad, absentismo y accidente. Incluso los cargos directivos han sucumbido a los encantos del psicólogo, y la dirección de más de una empresa ha sido reorganizada por recomendación de un consultor psicológico. Hay gente que piensa que si el empresario norteamericano, tradicionalmente terco, está lo bastante convencido de la utilidad de la psicología como para gastarse en ella sus dólares, esto quiere decir que, al fin y al cabo, algo tiene que tener esta ciencia.

Una posible razón por la que algunos empresarios están dispuestos a tolerar la presencia de un psicólogo es que pueden conseguir buenos beneficios siguiendo sus consejos acerca de la publicidad y de la política de ventas del producto de la empresa. El psicólogo se ha interesado vivamente por las técnicas de la persuasión, y sus descubrimientos han teñido la publicidad, la propaganda, la política y las diversiones, tal y como son difundidas a través de los medios de comunicación de masas. Sometiendo a prueba el inconsciente del consumidor, el psicólogo puede extraer alguna información útil para la agencia de publicidad. Es discutible hasta dónde se puede llegar en la tarea de conformación de la opinión pública mediante una pantalla de televisión; pero es evidente que hay buenas y malas formas de anunciar, y que los psicólogos pueden ayudar a menudo a distinguir por anticipado unas de otras.

El mundo de los negocios no es el único lugar donde se presta cuidadosa atención a los estudios de la opinión pública. Los organismos estatales han utilizado también durante años las encuestas para orientar la política pública

estadounidense; los políticos muestran una especial sensibilidad a las fluctuaciones de su popularidad entre los votantes. Y esta acción de los gobernados sobre los gobernantes es únicamente una de las varias formas en que la psicología social está implicada en el proceso de gobierno. Por ejemplo, en 1954 se utilizaron pruebas de tipo psicológico en las sentencias del Tribunal Supremo de los Estados Unidos contra la segregación racial en las escuelas públicas, manteniéndose que las instalaciones separadas, aunque iguales para las dos razas, no eran admisibles, ya que las consecuencias psicológicas de la segregación constituían un perjuicio demasiado grande para el grupo minoritario. El fallo del Tribunal se apoyaba tanto en un argumento psicológico como en un argumento de derecho.

Este recuento podría prolongarse todavía a lo largo de varias páginas. La teoría psicológica influye en la forma en que disciplinamos a nuestros hijos, dirigimos nuestro negocio y llevamos nuestro matrimonio. Los estudios sobre la conducta anormal modifican nuestra concepción de temas tales como el tratamiento de las enfermedades mentales, la incompetencia, la perversión, la criminalidad y la delincuencia. El sacerdote y el rabino coinciden en la utilización de las técnicas psicológicas para guiar a su grey hacia la salvación. Las novelas, las obras de teatro y las películas presentan actualmente temas psicológicos como un género habitual. Las drogas psicológicas han hecho cambiar ya la situación de nuestros hospitales psiquiátricos, y la cambiarán aún más en el futuro. La psicología puede ser útil dondequiera que intervenga la gente, cosa que ocurre prácticamente en todas partes. Tanto si nos gusta como si no, la aplicación práctica de la psicología a nuestros asuntos cotidianos se encuentra ya en una etapa avanzada.

Hay que admitir, no obstante, que no todas las aplicaciones de la psicología están firmemente fundamentadas en pruebas científicas. Los psicólogos que aplican esta disciplina a los procesos dinámicos de una sociedad en evolución sacan con frecuencia conclusiones precipitadas que hacen temblar y palidecer a sus colegas de laboratorio. Pero cuando se necesita adoptar decisiones aquí y ahora, hay que tomarlas a la luz de las pruebas que se tienen a mano, sin que importe lo fragmentarias y poco concluyentes que puedan ser. En el pasado había que tomar esas mismas decisiones incluso con menos ayuda; hoy en día el hombre que debe asumir la responsabilidad de adoptarlas puede por lo menos consolarse pensando que ha tratado de ser inteligente y que sus conjeturas estaban informadas por las pruebas existentes. El sol no detendrá su curso mientras el psicólogo descubra y verifique todos los hechos que piense conocer. El psicólogo ha de actuar sobre la base de suposiciones y presentimientos y tiene que pensar intuitivamente, buscando siempre algo que sirva, algo que se adapte a las necesidades presentes. Gracias a una sutil mezcla de inteligencia, de ciencia y de talento de vendedor, los especialistas que trabajan en el campo de la psicología aplicada nos han proporcionado soluciones mejores que las existentes para cientos de problemas prácticos. Y esas soluciones mejorarán con toda la rapidez que el desarrollo de la psicología científica básica lo permita.

Pero si éstas son algunas de las principales consecuencias prácticas de la psicología científica, ¿cuáles son algunas de las consecuencias no prácticas? ¿Qué sutiles influencias ha ejercido la psicología sobre nuestras actitudes contemporáneas respecto a la vida y el universo? Aunque no es fácil convertirlas en inversiones que rindan un 8%,

esos sutiles efectos poseen en cierto sentido una importancia más profunda que cualesquiera progresos meramente tecnológicos.

La psicología científica educa a la psicología pública; informa y enriquece la imagen del hombre que todos compartimos y que guía parte tan considerable de nuestra conducta diaria; modifica la imagen pública que se da por consabida en nuestra literatura, en nuestras escuelas, en nuestros teatros, en el arte y la música, en la religión y el gobierno. Se ha dicho que si la naturaleza humana llega a cambiar alguna vez será porque aprendamos a vernos a nosotros mismos de una manera nueva. Nuestro sentimiento del bien y el mal, nuestro sentido de lo que es cómico y lo que es trágico y nuestro juicio de lo que es precedero y de lo que sobrevivirá son formados y reformados por la psicología que calladamente asumimos.

Considérese, por ejemplo, la sombra que nuestra psicología implícita arroja sobre nuestra concepción del poder; esto es, de cómo se controla la conducta humana y se gobierna al hombre. En cada época, las normas según las cuales se escriben y se hacen cumplir las leyes, se fijan los objetivos, se cumplen o se quebrantan las promesas, se juzgan las acciones y se otorgan recompensas, se derivan de un consenso lato sobre la vida humana, sobre la distancia que separa a lo que es humanamente deseable de lo que es humanamente posible. Cámbiese la imagen que tiene un hombre de sí mismo y se habrá provocado una sacudida que se transmitirá a los cimientos de la sociedad en la que vive. Quienes ocupan las posiciones de poder tienen una especial susceptibilidad ante los temblores que se producen en la estructura que les sostiene. No permitirán sin protestar que se desplace al hombre del centro del universo o que se